

A la que tanto amaba

Aquí estoy una vez más, observando por la ventana a la espera de visualizar su presencia. Supongo que me resulta inevitable volver a este sitio por todo lo que me hace recordar. Para ponerte más en contexto déjame te explico mejor la situación, estoy sentado en la mesa situada en la ventana de mi café favorito, disfrutando de una bebida. La razón por la que siempre solía venir cada tarde a la misma hora a este lugar -aparte de que es mi lugar favorito para tomarme un café luego del trabajo- es para poder verla pasar a ella, la mujer que me ha dejado enamorado, que me ha logrado quitar el sueño y la paz. Pero debo resaltar que este no es el inicio de esta historia, sino más bien espero yo que sea su final, así que ven querido lector y déjame contarte la historia de mi más grande amor.

Todo comenzó una tarde en que salí ligeramente más temprano de mi trabajo, -hecho que no suele ocurrir muy seguido- hacía ya mucho tiempo que no iba al café de mi mejor amigo para relajarme un rato y aproveché la oportunidad para hacerlo. Al inicio todo transcurrió de manera normal, ordene lo mismo de siempre y me senté en la misma mesa, cerca de la ventana; sin embargo al pasar una hora más o menos fue cuando ocurrió, la vi a ella por primera vez, tan hermosa y radiante. He de admitir que en ese instante algo en mi se quedó paralizado, incluso se me revolvió el estómago, pero hubo un pequeño detalle que lo hizo revolver aún más y fue cuando la vi abrazada a ese sujeto. No pude evitar sentir celos hacía él.

Desde ese día en adelante todo fue una tortura para mí, no paraba de pensar en ella, en cada pequeño detalle de su ser que me enloquecía y que no era correspondido de la misma manera. Esa noche no puede dormir nada, estuve en vela procesando aquella imagen visualizada en el café, aquella mujer hermosa acompañada por ese hombre indeseable. Por supuesto una de mis características es ser curioso, así que al día siguiente repetí la misma rutina con la esperanza de poder encontrarla de nuevo, cosa que tristemente no pude lograr. Al día siguiente a ese lo intente una vez mas, también el resto de la semana pero no obtuve ningún

resultado positivo. Al iniciar una nueva semana ya estaba decepcionado de no poder obtener respuestas y, estando a punto de darme por vencido creyendo que solo fue producto de mi imaginación, al fin la pude volver a ver. Ahí fue cuando comenzó la verdadera rutina.

Solía ir a diario para poder verla pasar, a la misma hora y en el mismo lugar. Con el paso de los días mis sentimientos se removían cada vez más, estaba asustado y sobre todo muy confundido, se supone que yo ya tenía mis sentimientos muy bien establecidos y claros; por lo tanto esperaba poder sobrellevar ese enamoramiento solo con el hecho de ignorarlo pero como dije antes, se me resulta inevitable no volver a este sitio. Otro hecho importante que debo mencionar es que ella siempre iba abrazada con el hombre aquél, mientras yo moría lentamente al estar enamorado de esa mujer y deseando poder ser quien este abrazándola.

Siempre al salir del establecimiento dejaba mi corazón en esa mesa, llorando por una amor que sentía que me quitaba la vida, pero que debía intentar dejar de lado al menos cuando saliera de ahí y disimular lo mejor posible. Por la noche al llegar a casa mi esposa me recibía con un beso, que más que calmarme o alegrarme solo conseguía inquietarme aún más, mi mente no dejaba de jugar conmigo mismo.

Durante el transcurso de la cena solía estar muy pensativo y con la mirada ausente, algo por lo que mi mujer me solía reprochar, y es que ella no era ninguna tonta, tenía más que claro que algo está pasando. Era sencillamente imposible sacarme la imagen de mi enamorada, ahora se había convertido en la única dueña de mi mente, además claro de mi situación amorosa y el como al parecer no tenía una solución concreta. La cosa solía empeorar al momento de dormir, o bueno intentar hacerlo porque a menudo solía intentar olvidar todo mientras abrazaba a mi almohada.

-Dime qué te pasa- de nuevo esa pregunta por parte de mi esposa.

- Nada. Hasta mañana – era lo único que me atrevía a contestarle.

Lentamente esa pequeña conversación se volvió rutina, al igual que nuestro matrimonio y de igual manera mi vida en si. Repetía esa rutina cada día, cada semana y finalmente cada mes, ahogado en mi propia miseria. A la misma hora en el mismo lugar, volvía cada tarde para verla pasar acompañada de el hombre aquél, mientras que yo me moría por el amor de esa mujer. Esto me estaba cansado y yo ya no podía retenerlo más, así que tome la decisión que hasta ese entonces había sido la más importante de mi vida, escribirle una carta de amor a la mujer que pasaba por el frente de la ventana. Allí plasme todo lo que hubiera querido decirle en persona, pero que tristemente nunca me atreví.

Por la noche volví a casa después de tomar otra importante decisión, algo que venía pensando desde que comencé a ir al café. La rutina con mi esposa esa noche no cambio, todo transcurrió con normalidad, los reproches por mi mirada ausente e incluso la pequeña charla al irnos a dormir. Más tarde en silencio salí de la cama, guarde en una maleta lo poco que me llevaría y me marche en silencio para no volver, no sin antes haberle puesto a mi mujer la carta en la almohada. A ese amor infiel, a la que tanto amaba.

Volviendo a nuestro punto de partida, sigo aquí en el café recordando todos los detalles de la noche del domingo aquél, aún recuerdo como dolió hacer lo que hice pero era necesario para no vivir más en esa mentira que me atrevía a llamar hogar; aunque de todas maneras he mandado todo al infierno al volver a venir para acá, pero pasó, simplemente no lo pude evitar y si te puedo confesar algo querido amigo que está leyendo esto, es que a pesar de que me haga daño aún la quiero seguir viendo pasar de vez en cuando.

Montilla Sahymar